



Alberto Tassinari

XS/ esp. José Spaniol

Hasta hace poco tiempo, la mayoría de las obras de José Spaniol se asemejaban a objetos ya existentes: bolsas, armazones de hierro, portones, paredes de tapia. En algunas obras, no había ni semejanza; en todo caso coincidencia, entre la obra y un objeto: un globo, carteles lambe-lambe. En otras, un objeto era modificado, aunque sin perder eslabones con su fisonomía cotidiana: balanzas, rings de boxeo. Entre la función del objeto y la función poética de las obras se establecía un trueque de características en el que una parte de los atributos del objeto era negada, al tiempo que le eran acrecentadas nuevas cualidades. En *Balão*, por ejemplo, un atributo muy especial era retirado del objeto, pues el globo no estaba allí para ser lanzado. También su llama era sustituida por una luz roja de poca intensidad. Entretanto, la forma del globo permanecía, aunque sin su principal función. Con la llegada de la noche, la luz diurna dejaba de iluminar el blanco del papel del que era hecho y su forma se hacía cada vez más rojiza. En lugar de iluminar el cielo de una noche fría de San Juan, era la noche la que venía a calentar el globo.

La transformación de lo que es útil en un nuevo arreglo de naturaleza estética es una manera, aunque muy breve, de captar la poética de José Spaniol. En un trabajo de 1985, unas bolsas guardan rollos de dibujos, pero como nunca serán abiertos, la función práctica de guardar es transformada en el esconder algo que sabemos oculto pero jamás veremos. En los portones o divisiones de 1988 nada separa nada y lo que entonces entra en escena es una especie de memoria que se entreabre de los surcos accidentados de la materia de la que son hechos. En los lambe-lambes de 1994 (*História do homen*), nos es contada una historia entre épica, onírica y lírica, aunque no anuncia ninguna cosa. Asemajada a un cuento de Borges, la historia nos remite a los bastidores de la intimidad. Nada más impropio para comunicarla que carteles callejeros. En los *Rings* de 1998, hay casi todo de rings. Pero no hay luchadores y el suelo es de barro. Libros en uno de ellos y banquetas en otro, toman de asalto los rings configurando luchas extrañas, en medio del orden de la pesadilla; no sabemos si están a nuestra frente, si ya terminaron y dejaron sus restos o si aún están comenzando.

*Mirante*, de 1997, es tal vez la obra más bella de José Spaniol. Cuatro paredes altas de tapia, dispuestas en una planta cuadrada, dan acceso a su interior por medio de fisuras en cada una de sus esquinas. La construcción no tiene techo, y las paredes, de este modo, fueron liberadas de su función de sustentación. Sólo poseen la función de separar el espacio, el dentro y el fuera. Y realmente es un contrapunto entre estar dentro y estar fuera lo que la obra ofrece. Vista desde el exterior, la construcción tiene el aspecto sólido de un volumen cúbico de barro. Dentro del espacio delimitado por las paredes, sin embargo, se está mucho más a cielo abierto de lo que era de esperar a partir de la visión de fuera. Conforme a la hora del día, la sombra del suelo y de las paredes varía. Todo pasa como si estuviésemos dentro de algo como un reloj de sol. Pero como la obra se titula *Mirante* (*Mirador*), cabe preguntarse qué es lo que ésta nos permite mirar. En dos de las paredes, hay pequeños agujeros cuadrados que nos permiten mirar hacia fuera. Lo que vemos, sin embargo, no es distinto de lo que podemos ver a través de las ventanas por las que se adentra la construcción. Además de eso, a diferencia de un mirador habitual, se encuentra en un paisaje plano. Como en muchas obras de Klee, *Mirante* de José Spaniol encarna una geometría al mismo tiempo lírica e irónica. Nada asestamos, finalmente, a no ser el cielo, el sol y sus inflexiones sobre el barro de las paredes y las distancias que sentimos.

En un conjunto reciente de obras en cerámica pintada, José Spaniol decidió trabajar a partir de objetos existentes y reconocibles. Ya no se trata, entonces, de negar ciertos predicados de las cosas con el fin de añadirles otros. En todo caso, resulta innegable el aspecto de objetos de uso que sus cerámicas poseen. No es el caso, por tanto, de transformar lo útil en estético, sino de relacionar lo que parece útil con lo que se espera que sea estético. Su poética sufre entonces una inflexión cuyos frutos aún están siendo cosechados. Delante de una de esas cerámicas, es difícil no preguntarse para qué vale. Pero como la función es desconocida, la atención se traslada también para los aspectos decorativos del objeto. Son esos aspectos secundarios y decorativos de objetos en principio útiles, pero de una utilidad indeterminada, los que responden al éxito estético de las obras, como si estuviéramos delante de un florero, bello o feo, pero sin saber lo que es un florero, así como no sabemos lo que son las

cerámicas, aunque el color o el formato de una de ellas nos agrade más que los de otra.

El juego entre utilidades ocultas, aunque insinuantes, de ciertos objetos y sus aspectos formales fue bastante recurrido en el último trabajo de José Spaniol. Un conjunto de astiles se yerguen a partir de diferentes tipos de plataformas. Dos de las plataformas son placas de mármol blanco con varios encajes redondos. Existen aún otras cuatro bases de formatos circulares o esféricos. Ninguna regla determina qué orificios y de qué bases deben prender o no los astiles. Estas son construidas por cilindros intercalados de mármol y bronce. Así, como no hay una regla para la colocación de los astiles, la largura de los cilindros que forman los astiles también resulta aleatoria. Sin reglas de construcción y disposición muy nítidas, la obra impide que nos fijemos demasiado en sus aspectos formales. No existen reglas constructivas muy definidas, pero, así como en las cerámicas, los objetos parecen poseer una función. ¿Medirían niveles los astiles? ¿se ensamblan aquí y allí según qué precepto? La obra no nos da respuestas. Y conforme no nos da no cesamos de mirarla. El mármol y el bronce son los dos materiales clásicos de la escultura: ¿Por qué están aquí intercalados? Tampoco hay respuesta. Mirada y pregunta se entrelazan. Y mientras así sea, entre momentos bellos y otros tantos irónicos, la obra, quien sabe, no cesa de espiarnos.